

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

Tradición jesuita en Guatemala: Una aproximación histórica

Jesús M. Sariego, S.J.
Guatemala, 19 de octubre de 2010

Disertación con ocasión de la celebración de 49 años de fundación de la URL y el inicio de las actividades de conmemoración del quincuagésimo aniversario

Tradición jesuita en Guatemala: Una aproximación histórica

Jesús M. Sariego, S.J.¹

Al aproximarnos a la celebración del cincuentenario de la Universidad Rafael Landívar, parece justo y saludable reflexionar sobre la tradición histórica de la Compañía de Jesús en Guatemala. Como la historia no es simple recuento del pasado, sino, además, luz para el futuro, nos ubica en el presente y nos lanza a los horizontes últimos de nuestra identidad. Nos permite reencontrarnos con nuestras raíces y desde ellas iluminar el presente con una mayor lucidez. Les invito entonces a este acercamiento histórico a la tradición jesuítica en Guatemala.

Tres épocas, me parece, marcan la presencia de la Compañía de Jesús en Guatemala.

La primera, *la etapa colonial*, iría desde 1609 (fecha del primer establecimiento de una comunidad jesuita en Antigua) hasta el 26 junio 1767, cuando el Fiscal D. Felipe Romana y Herrera al mando de un piquete de Dragones intimó a los jesuitas la Pragmática Sanción de Carlos III. Por ella debían abandonar los territorios del Estado español.

La segunda, *la época moderna*, iniciada con la llegada de dos jesuitas, capellanes de una expedición de emigrantes belgas en la costa atlántica en 1843, se consolida en 1851 cuando los expulsos de Colombia, a petición del Arzobispo, se establecen en la ciudad de Guatemala y más tarde en Quetzaltenango y Livingston. Esta etapa concluye en septiembre de 1871 con la expulsión decretada por el General Barrios, expulsión a la que se sumarían poco a poco el resto de las repúblicas centroamericanas.

La tercera época, que podríamos llamar *contemporánea*, comienza en 1938 cuando, por iniciativa del Nuncio Levame y con el apoyo del Arzobispo Rossell regresan los jesuitas a Guatemala, en tiempos del gobierno de Ubico y llega hasta nuestros días. Primero asumen la Iglesia de la Merced, más tarde el hoy Liceo Javier, y la Universidad Rafael Landívar, una historia más cercana y conocida por nosotros.

Por exigencias del tiempo y espacio, y no cansarles, me voy a detener en las dos primeras.

Quisiera poder sostener que el aporte fundamental de la Compañía a este país en la historia ha pivotado en torno a tres hechos fundamentales:

El primero *el interés* de la Compañía por Guatemala, un interés sostenido más allá de las dificultades y persecuciones; un interés, yo diría, mutuo y recíproco de parte del pueblo de Guatemala hacia la Compañía y sus proyectos. En segundo lugar, la tarea de la *evangelización directa* y en tercero, la apuesta por *la educación y la cultura*. Estos tres pilares han consumido lo más importante de la actividad jesuítica en el pasado. Y presiento que son también hoy pilares de los sueños apostólicos de jesuitas y laicos que trabajamos juntos en las obras de la Compañía en Guatemala.

1. EL INTERÉS DE LA COMPAÑÍA POR GUATEMALA.

No hay evangelización ni educación sin presencia y cercanía, como no hay salvación sin encarnación. La Compañía amó desde el principio a Guatemala y destinó a sus hijos a este campo de su misión. Guatemala de su parte, apreció el apoyo de la presencia jesuita y respondió generosamente al proyecto de la Compañía. Entiendo aquí por “interés” la pasión por conocer, comprender y acercarse a la realidad de este país, sus hombres y sus gentes, sus problemas y su futuro. Interés que brota del amor cristiano y de la apuesta por la persona humana y sus valores profundos.

Repasemos primero **la época colonial**. La primera presencia de la Compañía en Guatemala data de 1579, cuando el P. Juan de la Plaza, nombrado Provincial de México pasa por la ciudad proveniente de Perú. El Cabildo de Guatemala solicitó al P. Plaza que dejara en Guatemala algún compañero y a Roma el envío de jesuitas, ofreciéndoles casa y hacienda. Un deseo unido a otros previos: en 1577 la 1ª Congregación Provincial de los jesuitas mexicanos había tratado sobre la petición del Dr. Villalobos de enviar jesuitas a Guatemala y, en esas mismas fechas, el Obispo de Verapaz, fray Antonio de Hervias solicitaba jesuitas para su diócesis.

Al fin los Provinciales mexicanos accedieron. Después de tres expediciones misioneras enviadas desde Oaxaca, los jesuitas se establecieron en 1609 en Antigua Guatemala en casa ofrecida por el Chantre de la Catedral Lucas Hurtado de Mendoza que desde 1612 cambiarían por la donada por Doña Leonor de Celada. Pronto el Obispo les pidió que enseñaran Teología Moral en el Palacio episcopal y el P. Ramírez fue nombrado el primer “examinador sinodal del Obispado”. Comenzaba así la tradición docente de la Compañía en Guatemala.

Desde entonces se inicia un largo periplo de la Compañía a través de la vida guatemalteca. Junto con los del Colegio de Chiapas, la comunidad de Guatemala constituía el final de la avanzadilla sur de la Provincia jesuítica de Nueva España o

México. Y, hasta el obligado exilio en 1767, nunca renunciaron a su presencia en medio de no pocas dificultades.

A lo largo del período colonial, unos 350 jesuitas vivieron y trabajaron en Guatemala y desde ahí se extendieron a Granada y El Realejo en Nicaragua, donde contaron un tiempo con dos colegios¹. Según los Catálogos del Archivo romano de la Compañía, unos 180 jóvenes guatemaltecos dieron su nombre a la Compañía e ingresaron en ella. Trabajaron dentro y fuera de su país. Unos, misioneros en las misiones mexicanas, de la Tarahumara o Nayarit como los PP. Idiáquez. Pereira o García. El más renombrado de ellos fue el P. Juan de Monsalve, el primer jesuita guatemalteco, el gran experto en la lengua de los tepehuanes. La gran aventura misionera de los jesuitas en la Península de California contó entre sus grandes nombres con el del P. Juan de Ugarte² y hasta las Filipinas, entonces territorio apostólico de la Provincia Mexicana, llegó la presencia del P. Antonio Arias, guatemalteco. En la educación universitaria, fuera de Guatemala hay que recordar a los catedráticos jesuitas de Filosofía o Teología en el Colegio Máximo de México, Cañas, Cerón, Lugo, Oviedo, Ramírez, Sumpsin y Villalta³.

Pero también ocuparon cargos de responsabilidad como Procuradores en Roma y hasta Provinciales como los PP. Oviedo, Arrivillaga, Arteaga y Estrada. Fueron insignes Rectores de Colegios jesuitas, guatemaltecos como el P. Cortés (Puebla), Vega (S. Luis Potosí), Vidaurre (Guanajuato) o Zepeda (La Habana)

La Compañía guatemalteca no se eclipsó con la expulsión de Carlos III. En los días del exilio, en Italia alcanzó celebridad intelectual el P. Fábregas, experto traductor del famoso códice maya Borjiano y sobre todo, quien dio nombre a toda una generación de poetas y latinistas, Rafael Landívar, cuya *Rusticacio mexicana*, - más guatemalteca que mexicana,- salió la luz en dos ediciones, en Módena y Bolonia en 1782.

Añadamos a esta larga lista de jesuitas afamados, los nombres de tantos alumnos que pasaron por las aulas de San Lucas o San Borja: eclesiásticos y laicos que ocuparon puestos claves en la sociedad centroamericana de la época como Obispos, miembros del clero o de la vida religiosa, Oidores de los Cabildos, Fiscales de las Audiencias,

¹ ALEGRE, Francisco J. *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, Ed. Burrus - Zubillaga, Biblioteca Instituto S.I. Roma, 1956-1960, Tomo II. Pág. 133.

² VILLAVICENCIO, Juan Joseph. *Vida y virtudes de el Venerable y apostólico padre Juan de Ugarte de la Compañía de Jesús, misionero de las islas Californias y uno de sus primeros conquistadores. Escrita por el Padre J. J. de V. de la misma Compañía*, México, en la Imprenta del Real y más antiguo Colegio de San Idefonso. Año de 1752.

³ VARGAS ALQUICIRA, Silvia. *La singularidad novohispana en los jesuitas del siglo XVIII*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989.

comisarios del Tribunal de la Inquisición, Escribanos mayores, cronistas, literatos y funcionarios o profesores universitarios en quienes la huella de la educación jesuita marcó una historia. Por todos ellos trabajó la Compañía en Guatemala.

Como prescribía la Pragmática Sanción de Carlos III, en 1767, los catorce miembros que conformaban las dos comunidades jesuitas de Guatemala fueron conducidos al Golfo Dulce y embarcados en la fragata *Thetis* hasta La Habana y de allí al Puerto de Santa María (Cádiz). Pero la tradición cultural no se extinguió en el exilio. Los jesuitas guatemaltecos, se agruparon en Bolonia y Ferrara. Allí recibieron la triste noticia de la supresión de la Compañía en Julio de 1773; sólo los presbíteros mantuvieron su status sacerdotal; el resto, se dispersó.

En realidad solo un jesuita nacido en Guatemala en 1739 e ingresado antes de la expulsión en 1754 logró regresar a América: el P. Atanasio Portillo, ex profesor de Filosofía en el Colegio Máximo de México. Aprovechando la Real Orden de 1789 que permitía el regreso, consiguió embarcarse en Cádiz rumbo a Veracruz, pero enfermo por la navegación, murió el 5 de junio de 1799 en la Habana⁴. Por aquellos días, los edificios jesuitas de Guatemala yacían destruidos por el terremoto que asoló Antigua en 1773. Pero el recuerdo de los jesuitas no desapareció. En las Cortes de 1810, los diputados de Guatemala, Andrés y Manuel de Llano solicitaron el restablecimiento de la Compañía. El Arzobispo de Guatemala hizo una nueva petición en 1817. En Guatemala se creó una Junta de restablecimiento que se reunía en la casa del historiador Domingo Juarros y que propuso al Rey que se entregara a los jesuitas el convento de San Agustín donde apenas existían religiosos. Y el cabildo de Guatemala solicitó el pronto regreso de los jesuitas a Guatemala para volver a ser evangelizadores del pueblo y educadores de la juventud.

La segunda época jesuita en Guatemala, **la época moderna**, ocurre a mediados del siglo XIX. El núcleo original se formó con el grupo misionero enviado desde España a Nueva Granada (Colombia) en 1850. A ellos se agregaron las jóvenes vocaciones que se les unían en Colombia, Ecuador y Centroamérica. Siete de ellos llegarían a ser nombrados Obispos.

Conviene recordar que la Iglesia fue uno de los sectores más resistentes a las reformas de la Federación Centroamericana. En la Iglesia se concentraba el pensamiento más reaccionario a los cambios. La tensión creció, en buena medida, porque Morazán

⁴ ZAMBRANO, Francisco - GUTIÉRREZ CASILLAS José. *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, Tomos XV y XVI. Siglo XVIII, México, 1966-1977.

manejó el tema religioso sin concesión alguna a la tolerancia. La jerarquía fue expulsada del país, los conventos y órdenes religiosas suprimidas y la enseñanza religiosa proscrita⁵. Sin embargo, desde 1840 a la Federación le siguió la república conservadora. Se fueron imponiendo gobernantes que unían el caudillismo con el pragmatismo de su gobierno. Consideraban que más allá de los grandes proyectos liberales, Centroamérica era aún una región agrícola, campesina y pobre que no estaba preparada para las grandes utopías de la reforma liberal. La religión era para este grupo, el vínculo ideológico fundamental que podía mantener firme la cohesión social de la población. De todos los exponentes de este modelo de gobierno entre caudillista y militar, ninguno como Rafael Carrera⁶. En él se unía el viejo modelo de caudillo conservador con la postura más tradicionalista ante los cambios políticos.

Los jesuitas llegaron a Centroamérica justamente cuando este viejo modelo político conservador de estilo caudillista y carismático estaba haciendo crisis. Rafael Carrera era el ocaso de ese modelo de Estado estamentario. Frente a él, se irá abriendo paso otro que rescatando los mejores valores de la República federal tratará de apoyarse en una nueva economía de exportación, sobre todo gracias a la extensión y comercialización del café en el área⁷. El exponente político más significativo de este nuevo período será el presidente Justo Rufino Barrios que sube al poder en Guatemala en 1870. Con acierto o sin él, la revolución liberal, García Granados y Barrios atribuían el fracaso del primer liberalismo federal al influjo de la herencia colonial y por eso consideraban imprescindible reducir desde el comienzo toda resistencia al proceso de las reformas, resistencia que para ellos en buena medida se amparaba en la Iglesia. Es verdad que existieron diferencias entre Granados y Barrios en su política hacia la Iglesia, pero en general, frente al caudillismo criollo, sostenían la necesidad de un Estado sólido, con fuerza militar, separado de la Iglesia y racionalmente organizado según los cánones de las teorías difundidas ya en Centroamérica por los sectores masones, pero puesto al servicio del desarrollo de la nación.

⁵ WILLIAMS, Mary Willhemine. "La política eclesiástica de Francisco Morazán y los demás liberales centroamericanos", en CÁCERES, Luis R. *Lecturas de Historia de Centroamérica*, BCIE/EDUCA, San José, Costa Rica, 1989, págs 387-407.

⁶ WOODWARD, Ralph Lee. Jr. *Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala, 1821–1871*. CIRMA y Plumsock Mesoamerican Studies, Antigua Guatemala 2002.

⁷ ACUÑA ORTEGA, Víctor Hugo. *Historia General de Centroamérica*. Vol. IV, (ed.) Madrid: FLACSO-Quinto Centenario, 1993.

Los jesuitas regresaron a la Guatemala independiente en 1842 por donde se había ido. Con motivo del ambicioso proyecto de la *Société belge de Colonisation* apoyado por el rey Leopoldo I, un grupo de emigrantes belgas llegó a instalarse al Puerto de Santo Tomás de Castilla, en el Atlántico guatemalteco. El primer grupo de colonos llegó a Guatemala el 5 de enero de 1842. Su presencia hizo revivir en el Ministro de Relaciones Exteriores Aycinena y en el gobernador del Obispado Antonio Larrazábal, los deseos de traer a los jesuitas a Guatemala, pensando en reactivar el seminario Tridentino y atender las misiones rurales. Al fin la Asamblea aprobó en Julio de 1843 un decreto solicitando la venida de los jesuitas.

Primero lograron que se asignaran doce jesuitas a esta misión. Y al fin los jesuitas llegaron a la ciudad de Guatemala 1851. La pequeña comunidad de Guatemala crecería en 1853, cuando en Ecuador la Compañía fue expulsada por el gobierno del General José María Urbina. Ahora eran ya cuarenta los jesuitas. El centro de la Misión Neogranadina se había desplazado a Guatemala; los catálogos jesuitas la denominaron entonces como *Missio Guatimalensis*.

Dos notas definen a esta generación de jesuitas que trabajaron en Guatemala durante la segunda mitad del siglo XIX, su pasión misionera y su cercanía al pueblo sencillo.

Ante todo, su *inquebrantable pasión por la misión*. Educados en la importancia de las tareas evangelizadoras, eran conscientes de que Centroamérica necesitaba un mensaje nuevo para una etapa diferente de su historia. Revivieron en las grandes hazañas de sus predecesores y su generosidad. Eran apologetas desde los principios filosóficos clásicos que veían amenazados por el racionalismo. Pero, justo es reconocerlo, estaban marcados por una concepción de la sociedad y del Estado muy patrimonial en la que la división entre lo temporal y lo eclesial no existía y en la que la Iglesia debería ser tratada con ciertos privilegios. Para muchos de ellos, el liberalismo era sólo el preámbulo del ateísmo y por ello lo combatieron con todas sus fuerzas. Desde su formación clásica no pudieron entender lo que significaba el movimiento a favor de la constitución de las jóvenes nacionalidades centroamericanas.

Pero también hay que reconocer a esta generación su *cercanía con el pueblo sencillo* al que mayoritariamente se dedicaron. Nunca los jesuitas hemos estado más cercanos al pueblo sencillo de Guatemala, incluso en los lugares más “profundos” de nuestra geografía. Además de las ciudades, son muchos los pueblos de Guatemala que aún conservan vestigios de aquellos misioneros que les visitaban con frecuencia, les predicaban y reconciliaban con Dios.

La situación favorable para la Compañía cambió a partir de Abril de 1865 cuando muere el Presidente Rafael Carrera y dos años después, el Arzobispo. Ese mismo año tenía lugar el levantamiento del General Serapio Cruz, al que pronto se unirá Justo Rufino Barrios⁸. En 1871 la revuelta se generalizó desde Los Altos Al fin los revolucionarios tomaron la ciudad de Quetzaltenango. Uno de los soldados ingresó al Colegio, y después de sustraer algunas pertenencias, atacó a los Padres. El 12 de agosto de 1871 Barrios decretó la expulsión de los jesuitas de Quetzaltenango, que abandonaron ciudad a la madrugada. La decisión ya había sido tomada y el 2 de septiembre Granados comunicó idéntica expulsión de los jesuitas de la ciudad de Guatemala. El 4 de septiembre, salían 76 jesuitas al Puerto de San José bajo el control del Coronel Aceituno y del Comandante Rendón, mientras la ciudad permanecía en estado de sitio. A ellos se unirían más tarde los miembros de la comunidad de Livingston. Así concluía la etapa moderna de la Compañía en Guatemala.

2. LA EVANGELIZACIÓN DIRECTA.

Ya en **la época colonial**, después de las exitosas misiones de 1582 y 1593⁹, al fin, en 1607 los jesuitas construyeron una pequeña iglesia, que inauguraron precisamente en el día de ayer hace 403 años, en la fiesta de S. Lucas, nombre que después heredaría el Colegio jesuita. En 1611 se trasladarán a los locales donados por Doña Leonor de Celada y allí edificaron su nueva y más amplia iglesia en julio de 1626 hermosamente ornada de imágenes en 1645 gracias a las donaciones provenientes de D. Justiniano Chiavari. Desde entonces las misiones en la ciudad se hicieron frecuentes cada año. Era constante ver a los jesuitas en la atención a enfermos en hospitales, moribundos y encarcelados como en caso del P. Villafañe asesinado precisamente cuando atendía a un sentenciado a muerte¹⁰.

⁸ MILLER, Hubert J. *La Iglesia y el Estado en tiempo de Justo Rufino Barrios*, Universidad San Carlos de Guatemala, Editorial Universitaria, Guatemala, 1976. IBID. "La expulsión de los jesuitas de Guatemala en 1871" *Estudios*, Guatemala, 5, 1972 Págs. 37-56.

⁹ ALEGRE, F. Tomo I, pág. 284.

¹⁰ PÉREZ ALONSO, Manuel Ignacio. "El Padre Rafael Landívar", *Estudios Centroamericanos*, V. 40, El Salvador, 1950, Págs. 24-32.

Pero además, al menos desde 1616, tenemos noticias de que los jesuitas de Guatemala realizaban frecuentes misiones en otras regiones de la Audiencia como Honduras, Nicaragua, San Miguel y Sonsonate. Llegaron incluso hasta el Petén. En 1617 colaboraron en una misión en Costa Rica. Y en 1629, el Obispo de Comayagua pedía ardientemente al Provincial mexicano el envío de algunos jesuitas de Guatemala para ocuparse de las doctrinas bajo su jurisdicción¹¹. Probablemente a ello se deba el que entre los alumnos de San Lucas encontremos pronto los oriundos de todos estos territorios además de Chiapas.

El templo jesuita de Antigua, además de ser centro de culto, -nunca fue parroquia,- se convirtió pronto en centro de convocación urbana para la evangelización. Los jesuitas difundieron los principios básicos de su espiritualidad anclados en la frecuencia sacramental, la oración mental, los Ejercicios espirituales de San Ignacio, la importancia de la reconciliación y la atención caritativa hacia los pobres y necesitados. El instrumento que diseñaron los jesuitas para incidir en el compromiso cristiano de los laicos fue el que se usó en toda América: las Congregaciones Marianas de laicos cuyo objetivo era doble: la formación cristiana y el compromiso social y caritativo de sus miembros.

En Guatemala los jesuitas trataron de organizar desde muy pronto la Congregación de la *Annunciata*. Ya para 1647 S. Lucas contaba con la primera congregación de estudiantes a cargo del P. Juan de la Cruz y otra dedicada a los “seglares” bajo la dirección del P. Lobo (a la que perteneció Pedro de Betancourt). A lo largo de los años fueron sus directores, jesuitas famosos como los Padres Peña, Siria, Montenegro, Molina, Cartagena, Benjumea, Zayas, Vallejo y el propio Landívar. Allí asistían los socios a sus reuniones semanales, todos colaboraban en actividades de atención social y servicio a personas necesitadas.

Un hecho llamativo de esta presencia evangelizadora: dos de las grandes personalidades ascético-místicas de la época en Guatemala fueron formadas por jesuitas: la Venerable salvadoreña Ana Guerra de Jesús¹² que fue acompañada por los Padres Cerón y Siria y hasta consiguió ser enterrada en el templo de la Compañía. Y el otro caso insigne, el

¹¹ ALEGRE, F. *Op. cit.*, II, Pág. 400.

¹² SIRIA, Antonio de. *Vida admirable y prodigiosas virtudes de la V. Sierva de Dios D. Ana Guerra de Jesús...*, Guatemala, 1716 (estudiada por J. A. Platero; en el prólogo hay un “parecer” del jesuita de San Lucas, Marcos de Somoza.

Santo Hermano Pedro Betancourt, que no sólo fue alumno de San Lucas, sino además acompañado espiritualmente por el jesuita Manuel Lobo, su primer biógrafo.

En la etapa moderna, la presencia jesuita comenzó por la educación en el famoso Colegio Seminario. Pero por la inseguridad de una institución educativa en aquellos tiempos de convulsiones políticas, la Compañía insistió en dedicarse también al trabajo pastoral directo. Al principio se pensó en la pastoral urbana y a ella fueron destinados los mejores efectivos. El modelo pastoral de los jesuitas no se reducía a la simple atención sacramental; se trataba de organizar a los laicos de modo permanente en las Congregaciones según intereses religiosos o sociales: Hijas de María, Artesanos, la Anunciata, la Sangre de Cristo, la Buena Muerte, del Sagrado Corazón y la de San Luis Gonzaga.

Con la llegada de los expulsados de Ecuador, se consideró que era el momento de tener un templo propio de la Compañía y en diciembre de 1852 lograron de la Santa Sede la concesión de la Iglesia de La Merced, casi abandonada por los PP. mercedarios. Allí llegaron a funcionar siete Congregaciones y desde ellas se impulsaron obras sociales como la *Casa de Huérfanas* o el *Colegio de Niñas*.

Resultado de todo este trabajo fueron las vocaciones a la Compañía, sobre todo de jóvenes que estudiaban en el Colegio. Era tiempo de establecer un Noviciado en Guatemala en el antiguo convento de los Betlemitas (después Instituto Normal de señoritas).

Pero desde fines de 1852 los jesuitas extendieron su campo de operaciones al mundo rural e indígena. Primero como acompañantes en las visitas pastorales del Arzobispo. Pronto el P. García entró en contacto con el mundo maya en Quetzaltenango y Totonicapán. Desde 1853, las misiones se extendieron a San Raimundo, San Juan Sacatepéquez, Huhuetenango, San Marcos, Tecpán, San Martín Jilotepeque y Pinula. En 1855 se optó por la Costa del Pacífico y en 1856 le tocó el turno a la Baja Verapaz. Un año después los jesuitas llegaron al Oriente: Chiquimula, Zacapa. En las vísperas de la expulsión, misionaban en San Miguel y Santa Inés Petapa, Chimaltenango, Patzún y Patzicía.

Como resultado de todas estas expediciones, la Compañía se estableció firmemente en comunidades estables en Livingston en 1856 y un año después en Quetzaltenango. En Quetzaltenango se ubicaron en la iglesia de San Nicolás que pronto ampliaron y recorrieron en misión las comunidades de la zona. El antioqueño P. Posada fue benemérito en el dominio del quiché. A la vista del trabajo en la costa, Monseñor Piñol

incluso llegó a pedir en 1870 que la Compañía se hiciese cargo de la evangelización del Petén.

3. LA APUESTA POR LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA.

Se puede decir que durante **la etapa colonial**, los jesuitas entraron en el mundo educativo de Guatemala con humildad y desde abajo. La Compañía comenzó haciendo lo que los vecinos y autoridades municipales más les pedían: enseñar a sus hijos a "*leer, escribir y contar*" como dicen las Cartas anuas de los Provinciales a Roma en esta época. Hasta 1635 los jesuitas fueron sobre todo maestros de primeras letras o como dicen los catálogos de la Compañía en la época, "*ludimagistri*" (es decir educadores desde el estudio y el juego). Por eso pronto fueron apreciados como educadores. Vinieron a llenar el vacío y deseo de una institución educativa ansiada ya desde los tiempos del obispo Marroquín y cuyo prestigio no logró eclipsar el surgimiento de la Universidad San Carlos.

Los esfuerzos iban dirigidos hacia la enseñanza de las primeras letras, las llamadas entonces "*Facultades menores*" (Gramática, Humanidades y Retórica). Las bases eran el griego y, sobre todo, el latín¹³, preferido en los colegios jesuitas de América Latina. Con su aprendizaje se pretendía no sólo el conocimiento de la antigüedad clásica, sino, sobre todo, desarrollar la capacidad de pensar y especialmente vincularse con el sustrato de la cultura de entonces.

El estudio de la gramática en tres niveles: "*minoristas*", "*medianos*" y "*mayores*", utilizaba los textos pedagógicos de los colegios jesuitas como el P. La Cerda. Los alumnos se iban familiarizando con Cicerón, César y Ovidio hasta llegar a Virgilio y Homero. A la traducción y aprendizaje de los textos seguía *la composición* de relatos en latín. En los niveles superiores de la gramática, se pasaba a *la construcción* en verso para que aprendieran las normas de Poética clásica. Tras la gramática, los estudiantes cursaban las Humanidades, la Poesía y la Retórica. Las humanidades se ocupaban del estudio de la literatura clásica, sus poetas y oradores¹⁴.

¹³ OSORIO ROMERO, Ignacio. *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México 1979.

¹⁴ LÓPEZ SARRALANGUE, Delfina Esmeralda. *Los Colegios jesuitas de la Nueva España*, s.e. México, 1941.

Además, los jesuitas renovaron métodos de enseñanza. Recuérdese que lo único que encontraron en la vida educativa centroamericana a su llegada eran los seminarios tridentinos o las escuelas anexas a los establecimientos religiosos. En ese sentido, los jesuitas fueron los primeros en pasar de una educación que era prioritariamente catequización directa a una educación temática y crítica que abría las puertas al alumno hacia la cultura de la época y hacia la síntesis personal ante la ciencia y el pensamiento humanos.

En los métodos pedagógicos, los primeros jesuitas en Guatemala tuvieron que ser innovadores, pues aún no contaban con la famosa *Ratio Studiorum*, (el método pedagógico clásico de la Compañía) promulgada hasta 1599 y divulgada 20 años después. En Guatemala se adecuaban los modelos educativos de México, donde se seguían programas y métodos de las Universidades de Alcalá y Salamanca, lugares de estudio de la mayoría de los misioneros. A estas tradiciones añadieron las propias experiencias adquiridas en el contacto con las sociedades urbanas de América Latina.

Sin embargo, desde la década de 1630, en Guatemala se produce un cambio significativo en la orientación del trabajo educativo jesuita. Se pasa de la enseñanza centrada en las primeras letras y en las *Facultades menores*, hacia una enseñanza orientada hacia las "Artes", es decir la Filosofía y la Teología. Este cambio suponía una apuesta por la vida universitaria. A los jesuitas de Guatemala les cabe el honor de ser iniciadores de las primeras estructuras universitarias, si bien hay que recordar que en el siglo XVII la línea que dividía la enseñanza general de la enseñanza universitaria era más tenue que hoy.

El cambio de rumbo surge a partir del 29 de marzo de 1634 cuando el Urbano VIII, por el Breve "*In Supereminenti Apostolicae Sedis*", renueva y aumenta los privilegios otorgados a la Compañía por el Papa Pío IV, por los que se concedía a la Compañía la facultad de otorgar títulos universitarios a sus alumnos, si los colegios distaban de una Universidad ya erigida. A diferencia de otros privilegios parecidos otorgados a otras Ordenes religiosas, estas Bulas papales permitían que los títulos otorgados por los jesuitas tuviesen valor en todas partes, no sólo los territorios de América Latina. Así la Compañía podía dotar de un título a la juventud de muchos países de América y Asia, incluyendo a los jóvenes jesuitas en formación.

Estos privilegios papales hicieron especialmente atractiva la enseñanza jesuita en muchos lugares de América y sobre todo en los más alejados de instituciones universitarias como era el caso de Guatemala. Y así, en Guatemala desde 1630, los jesuitas comenzaron a otorgar grados académicos superiores y a poner en marcha las

dos "Facultades Mayores" propias de las Universidades de la época: la Facultad de Artes o Filosofía y la Facultad de Teología, a las que pronto unieron la de Cánones o Moral.

La presencia de los jesuitas en la vida universitaria de Guatemala atravesó dos períodos. Por 40 años (de 1635 a 1676), el Colegio San Lucas fue el único centro universitario de Guatemala. Amparado en los privilegios de la Bula de Urbano VIII, se otorgaban grados de Bachiller, Licenciado, Maestro y Doctor en Artes y Teología. Las primeras instalaciones se ampliaron con la adquisición de la manzana de los Díaz del Castillo en el centro de la ciudad, gracias a la donación del capitán Nicolás Justiniano Chiavari. Con los datos que tenemos, podemos asegurar que San Lucas llegó a contar durante un año académico normal con cerca de 200 párvulos, 150 gramáticos 35 filósofos y otros 30 teólogos. Baste citar entre ellos algunos alumnos tan ilustres como el Hermano Pedro de San José Betancourt, el Venerable Bernardino de Ovando, el famoso escritor Francisco A. Fuentes y Guzmán o el cronista franciscano Francisco Vázquez.

El segundo período universitario va desde 1676 hasta la expulsión. Estos noventa años están marcados por la subordinación de San Lucas a la Universidad de San Carlos cuya Real Cédula de fundación llegó a Guatemala en 1676. En este período, aunque mantuvieron las clases en el Colegio de San Lucas, los alumnos jesuitas debían realizar los exámenes finales en la Universidad de San Carlos si pretendían obtener su título universitario, lo que era más frecuente entre estudiantes eclesiásticos que entre laicos. Los estatutos universitarios impedían que las clases de San Lucas pudieran darse a las mismas horas en que se impartían las mismas materias en San Carlos.

Nada de esto arredró a los profesores jesuitas de San Lucas. Al contrario, a los ya abundantes alumnos que frecuentaban las aulas de San Lucas, se unieron desde 1699 los que se alojaban en el internado San Francisco de Borja fundado por el P. Ignacio de Azpeitia, provenientes en su mayoría de otras regiones de Centroamérica, como Chiapas, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, la mayoría laicos. Pese a estas nuevas normas, el prestigio de la institución hizo que los alumnos no sólo no disminuyeran, sino que una vez concluidos sus estudios, consiguieran las mejores posiciones entre el total de los graduados por la Universidad de San Carlos. El P. Sáenz de Santamaría, tras estudiar cuidadosamente el ritmo de las graduaciones, ha concluido que para el caso de los graduados en Filosofía, el 63% de ellos eran alumnos de San

Lucas y san Borja¹⁵. Más aún, la mayoría de los primeros Rectores de la Universidad de San Carlos provenían de los exalumnos jesuitas.

Así como en el modo de inculcar primeras letras y gramática, los jesuitas en toda América debieron innovar método y pedagogía, en el campo de la Filosofía y de la Teología siguieron de cerca las pautas establecidas por la *Ratio Studiorum*. La Filosofía descansaba sobre el estudio de la Lógica, la Física y la Metafísica, siguiendo muy de cerca de Aristóteles. Sin embargo, siguiendo el estilo pedagógico del Colegio Máximo en México, a esta estructura básica se añadieron desde el siglo XVIII muchos contenidos de la llamada *ciencia moderna* y de la Física de los racionalistas, con un carácter más experimental. A juzgar por los inventarios de la biblioteca de San Lucas, cuyo inventario y avalúo descansa en el Archivo Nacional de Chile, podemos concluir que muy pronto los jesuitas de Guatemala incorporaron las conclusiones de la ciencia moderna en sus programas.

Los estudios de Teología se dividían en dos grandes bloques: los *de Prima* o matutina en la que se enseñaba la Teología Dogmática y Escolástica y los estudios de *Teología vespertina* o de vísperas en que se enseñaba Moral, Derecho Canónico y Escritura. En Guatemala los jesuitas dieron mucha importancia a la enseñanza de la Moral y ampliaron sus cursos a un nuevo alumnado, los clérigos y religiosos de las ciudades, que acudían tanto por interés propio como por el deseo de sus Obispos.

Huelga decir que el método utilizado fue el propio de los jesuitas: se huía del sistema clásico de dictar las clases y, a cambio, se pretendía a toda costa poner al alumno en actividad utilizando desde las famosas luchas entre romanos y cartagineses en las clases de gramática hasta las repeticiones, es decir exposiciones del propio alumno, los ejercicios literarios, los actos públicos y las defensas de *conclusiones* así como las disputas sabatinas y otros métodos parecidos que buscaban preparar al alumno no tanto para memorizar los contenidos transmitidos por los profesores sino en hacerle capaz de argüir, defender o discrepar desde posturas consistentes ante un oponente.

En cuanto al profesorado, lo acostumbrado era que el mismo profesor recorriese con los alumnos todo el ciclo formativo desde la Gramática hasta la culminación de la Teología. Los profesores jesuitas eran pues docentes de un saber enciclopédico que debían preparar cada año alistándose a transmitir nuevas materias y contenidos. Los jesuitas en

¹⁵ SÁENZ DE SANTAMARÍA, Carmelo. *Historia de la Educación jesuítica en Guatemala. Parte I. Período español (Siglos XVII y XVIII)*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid), Universidad de Deusto (Bilbao), Universidad Rafael Landívar (Guatemala). Madrid, 1978.

Guatemala fueron pues grandes profesores. Pero también escritores: biógrafos como el P. Lobo (autor de la primera biografía sobre el Hermano Pedro) o el P. Siria (que escribió la de la Sierva Ana Guerra de Jesús en 1716), difusores de espiritualidad como el P. Villalobos (autor de la famosa *Novena a la Virgen de la Merced*), predicadores de panegíricos y sermones (como Domingo de Paz y Nicolás Prieto), catequizadores como Juan Martínez de la Parra (autor de la famosa *Luz de verdades católicas* en 1691, el gran catecismo centroamericano de la época), literatos como Gutiérrez y Landívar o escritores de relatos como el que compuso sobre la ciudad de Guatemala el P. Vallejo¹⁶.

Nuevamente en **la época moderna**, los jesuitas optaron por ser educadores, pese a las muchas dificultades políticas que esto suponía. El Arzobispo buscaba profesores para su Seminario, cuna de formación de buena parte del clero centroamericano: los jesuitas se trasladaron al Seminario y el 16 de Octubre comenzaron las clases con 70 alumnos. Pero además, desde el principio, los jesuitas insistieron en que el seminario quedara abierto a jóvenes que no pensaban en el sacerdocio, jóvenes laicos. Por eso se llamaba Colegio-Seminario. Era una opción clara a favor del trabajo educativo, en tiempos difíciles para los centros de enseñanza de la Iglesia; se trataba de una oportunidad única de tener una presencia educativa con la juventud del país, lo que en aquellos días resultaba casi imposible a los jesuitas en América.

Pronto el centro adquirió gran renombre en toda Centroamérica. Al estudio de las ciencias clásicas y modernas (con un actualizado Gabinete de Física, un Observatorio meteorológico y el Museo de Historia natural), los jesuitas unieron la solidez de las materias prescritas por la *Ratio Studiorum* asegurando la enseñanza de la Filosofía y Teología. Con el sistema de *las Academias* (Literarias, Científicas y de Bellas Artes) promocionaban la investigación de parte de los mejores alumnos. No escatimaron esfuerzos para prepararles en áreas como los idiomas, la pintura y la música. Cuidaron asimismo de la formación cristiana de los alumnos laicos a través de las Congregaciones de estudiantes y de la Asociación del Apostolado de la Oración que, fundada por el P. León Tornero, se extenderá por toda América Central. Era frecuente que el Presidente Carrera y después Vicente Cerna asistieran a las graduaciones. Durante algunos años, también los estudiantes jesuitas recibieron sus cursos de Teología en el mismo Seminario.

¹⁶ LUJÁN MUÑOZ, Luis. "Una desconocida descripción de la ciudad de Guatemala en el siglo XVIII, hecha por el jesuita José Ignacio Vallejo", *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala*, Año LIII, Tomo LIII, Enero-Diciembre 1980, Págs. 137-158.

Con el apoyo del Rector de la Universidad, Juan José de Aycinena, desde 1859 en el Colegio se impartían algunas materias del pensum universitario y se albergó también en él con el tiempo a ex alumnos que ya estudiaban en la Universidad. El número de alumnos creció de 70 a 210 en 1869; una buena parte de ellos provenían de otras diócesis de Centroamérica. Los edificios fueron mejorando, gracias a los diseños del famoso P. Páramo, arquitecto, escultor y pintor. Cada vez se sentía más la presencia de los ex-alumnos en la Universidad San Carlos. Pensando en este público y en el mundo intelectual urbano, desde 1866, en las tardes el Seminario organizó las *Conferencias filosóficas* dirigidas por el P. Paúl, años más tarde Arzobispo de Panamá. Se iba creando así una red de antiguos alumnos, sacerdotes y laicos que serán los mejores defensores de la Iglesia en los años difíciles que estaban por venir. Sin duda, el Colegio Seminario ubicado en lo que después fue el Instituto Nacional de Varones fue la más importante de todas las obras educativas que los jesuitas emprendieron en esta época en Centroamérica. También, en 1869, por solicitud de los vecinos, se abrirá en Quetzaltenango el Colegio de San José, un centro de segunda enseñanza, cuya duración fue breve.

Concluamos. Una triple herencia, un triple tesoro parece atravesar la presencia de la Compañía en la historia Guatemala. Por un lado ese amor a esta tierra y a este proyecto histórico de sus pueblos, que supieron amar y por los que fueron amados. En segundo lugar, la apuesta decidida por la evangelización directa, más allá de las dificultades y persecuciones. Por último la fe en el valor de la educación y la cultura. A veces el componente cultural ha tuvo un mayor peso; otras, la cercanía evangelizadora, siempre el amor a Guatemala “*mi patria querida, mi fuente y origen*” como diría Rafael Landívar.

Tengo para mí que esta triple herencia es un hermoso tesoro a recoger en las vísperas de este cincuentenario de la Universidad Rafael Landívar. Por los jesuitas, laicos y laicas que se desempeñan en la evangelización, la investigación, la cultura y la enseñanza. Sin duda ese es justamente uno de los mensajes que nos han legado nuestros predecesores. Este pasado nos pide empeñarnos por el proyecto de este país y de su juventud, para que como Ignacio, podamos “en todo amar y servir” a los demás.

ⁱ **P. Jesús Manuel Sariego Rodríguez, S. J.**, nació en Oviedo (España) el 25 de diciembre 1949. Ingresó a la Compañía de Jesús el 30 de septiembre de 1968 en Villagarcía de Campos (Valladolid, España). Realizó estudios de Licenciatura en Filosofía, Licenciatura en Teología (Universidad Pontificia de Comillas), Licenciatura en Historia de América (Universidad Autónoma de Madrid y Maestría en Ciencias Políticas (Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM). Fue ordenado sacerdote el 1 de Julio de 1977 y destinado a Centroamérica el mismo año. Trabajó en Honduras de 1977 a 1981 en la parroquia de Tocoa (Colón) y en el Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC) de El Progreso (Yoro). De 1982 a 1984 formó parte del Equipo de Formación de los jesuitas de Centroamérica en México DF. De 1985 a 1991 fue Superior del Filosofado jesuita Pedro Arrupe en El Salvador; 1992 a 1999 fue Maestro de novicios de la Provincia Centroamericana en Panamá; 2000 a 2003 fue Maestro de Novicios de la Provincia Argentina en Córdoba (Argentina); 2003 a 2008 fue el Vice-Rector General de la Universidad Centroamericana de Managua. Desde marzo de 2008 es el Provincial de la Compañía de Jesús para Centroamérica.

Escritos

- "Aquellos tenaces misioneros proscritos... Los jesuitas en la Centroamérica moderna (1842-1896)" *Diakonía*, 122, Abril-Junio, UCA Managua 2007, Págs. 63-102.
- "Evangélizar y educar. Los jesuitas de la Centroamérica colonial", *Diakonía*, 111, Julio-Septiembre 2004, UCA, Managua, Págs. 49-69.
- "Arrupe y Centroamérica: historia de una pasión", en La Bella, Gianni (ed.). Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones, Sal Terrae, Santander, 2007.
- "Ignacio de Loyola, estudiante universitario", *Diakonía*, 116, 2006, UCA Managua, Págs. 80-101.
- "Inserción y carisma en la Compañía" *Diakonía* 57, Marzo 1991, UCA Managua, Págs. 5- 81
- Orar la historia... y el conflicto. Jesús Manuel Sariego y José María Tojeira. UCA Editores. San Salvador, 1999.
- "Un fuego para vivir en las fronteras. La Congregación general 35 de los jesuitas", *Diakonía*, 127, Julio-Septiembre 2008.
- "Entendiendo todo según las Constituciones" 9 claves de lectura. *Boletín de Espiritualidad*, Buenos Aires, 182 marzo-abril 2000.
- "La experiencia de Dios desde la espiritualidad ignaciana", *Magis* 44, Aceja, Agosto Septiembre 2002, Buenos Aires.

-
- *“Pasión por Cristo, pasión por la humanidad. Un Congreso para la vida religiosa”*, *Diakonía*, 113, 2005, UCA Managua, Págs. 5-18.
 - *Pedro Fabro: del temor al amor apostólico”*, *Diakonía*, 119, Julio-Septiembre 2006, UCA, Managua Págs. 44-63.